

SEMINARIO DE LA CATEDRA CTR
CURSO 2005-2006
CUARTA SESIÓN BÁSICA

PONENTE:

Profesor CARLOS BEORLEGUI
Catedrático de Antropología
en la Universidad de Deusto, Bilbao

DISCUSSANT:

Profesor LEANDRO SEQUEIROS
Catedrático de Paleoantropología
Miembro de la Real Academia de Ciencias de Zaragoza

DOCUMENTO MARCO:

A VUELTAS CON LA NATURALEZA HUMANA

Por Carlos Beorlegui

A VUELTAS CON LA NATURALEZA HUMANA

Carlos Beorlegui

“Aunque puede haber genes para la forma de nuestras cabezas, no puede haberlos para la forma de nuestras ideas” (R.C. Lewontin, *El sueño del genoma humano y otras ilusiones*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 26).

1. Una polémica recurrente.

El evolucionismo situó el estudio del ser humano en el ámbito de la biosfera. A partir de entonces, el ser humano es visto como una realidad a caballo entre lo biológico y lo cultural, lo genético y lo ambiental. En medio de planteamientos extremos (innatismos y ambientalismos), la postura dominante ha tratado de conjugar ambos ingredientes y entender el comportamiento humano como una síntesis de genética y ambiente. El problema está en cómo realizar esa síntesis, siendo predominante la tendencia a conceder más importancia al elemento ambiental y cultural que al genético. De ahí que la aparición de la obra *Sociobiología. La nueva síntesis* (1975), de E. O. Wilson ¹, acentuando el aspecto genético y defendiendo posturas deterministas, o casi, encendió y reavivó una problemática que parecía resuelta. Tras unos años de dura polémica entre defensores y críticos de la sociobiología, se calmó un tanto la tormenta, pero de vez en cuando han ido apareciendo una serie de textos que la han hecho revivir ², mostrando que el problema sigue pendiente, en sus dos vertientes implicadas: la científica y la ideológica. Si la sociobiología ha ido perdiendo terreno, debido a sus planteamientos extremos en su aplicación al ámbito humano de las tesis sobre el comportamiento animal (la estrategia del *gen egoísta*, en formulación de R. Dawkins ³), otras nuevas disciplinas científicas, como la Psicología evolucionista, han ido tomando el testigo de la sociobiología, tratando de proponer una nueva idea del ser humano, de su naturaleza, desde un nuevo modo de conjugar lo innato y la cultural en la configuración de lo humano. Un ejemplo de ello es el reciente libro de S. Pinker, *La Tabla Rasa. La moderna negación de la naturaleza humana* ⁴, detonante de mis reflexiones. No puedo detenerme en un análisis exhaustivo del libro (muy extenso, por otro lado) sino que, tomándolo como pretexto, plantearé su modo de entender lo que él denomina la *naturaleza humana*, para presentar sus limitaciones y una postura alternativa.

Si según las leyes mendelianas la relación entre el genotipo y el fenotipo morfológico resulta evidente en todas las especies animales, incluido el ser humano, la pretensión de la sociobiología ⁵ consistió en explicar también desde la base genética toda la conducta humana. Si los comportamientos animales (lo que K. Lorenz denominada el *etograma*) no pueden por menos que explicarse desde su base genética, ¿por qué no cabe seguir esta misma lógica también en la especie humana? Estos planteamientos sociobiológicos fueron duramente atacados, en la medida en que suponían defender el

¹ *The Sociobiology. The new synthesis*, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 1975 (trad. cast.: *Sociobiología. La nueva síntesis*, Barcelona, Omega, 1980). Cfr. BEORLEGUI, C., “El reto de la biología a la antropología. De la etología a la sociobiología”, *Letras de Deusto*, 16 (1986), n° 34, pp. 37-69; Id., “La manipulación de la biología. Función ideológica del determinismo biológico”, *Zienziartekoak*, I (1986), n° 2, 71-107. .

² Cfr. HERRNSTEIN, R.J./MURRAY, C., *The Bell Curve: Intelligence and classe structure in American life*, Nueva York, Free Press, 1994; HARRIS, J.R., *The nurture assumption: Why children turn out the way they do*. Nueva York, Free Press, 1998 (trad. cast.: *El mito de la educación*, Barcelona, Grijalbo, 2000); THORNHILL, R./PALMER, C., *A natural history of rape: Biological bases of sexual coercion*, Cambridge, Mass., MIT Press, 2000,

³ Cfr. DAWKINS, R., *The selfish gene*, Oxford University Press, 1976 (trad. cast.: *El gen egoísta*, Barcelona, Labor, 1979).

⁴ *The blank slate*, Nueva York, The Pinguin Book, 2002 (trad. cast.: *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós, 2003).

⁵ Cfr. WILSON, E. O., *Sobre la naturaleza humana*, México, FCE, 1980; RUSE, M., *Sociobiología*, Madrid, Cátedra, 1980.

determinismo biológico y posturas reduccionistas inaceptables, tanto en el aspecto epistemológico como en el ontológico y ético.

A pesar estas las duras críticas hacia la sociobiología, especialmente por sus extrapolaciones a la especie humana, no por eso dejó de tener un enorme impacto en los medios de comunicación, generándose una cierta *sociobiología pop*, encargada de divulgar los planteamientos sociobiológicos en temas referidos al sexo, la agresividad o la guerra, la competitividad económica, el altruismo, etc. Incluso podemos decir que en la actualidad, debido al impacto mediático del Proyecto Genoma, se siguen con un gran interés los avances de la genética, y los continuos anuncios de haberse descubierto el gen correspondiente a una enfermedad o a un determinado rasgo fenotípico.

Aunque, como he indicado ya, el proyecto sociobiológico ha quedado en gran medida abandonado, incluso por el propio Wilson (dedicado hoy en día a temas relacionados con la ecología, biodiversidad y defensa de la naturaleza), otros intentos científicos pretenden recoger el testigo de sus propuestas, evitando caer en sus errores. Tal es el caso, como hemos dicho, de la Psicología evolucionista, que persigue “afrontar el reto de analizar la conducta humana asumiendo, con todas sus consecuencias, el origen evolutivo de nuestra especie”⁶. Los autores pioneros de esta disciplina científica han sido L. Cosmides, J. Tooby y D. Symons⁷. Y entre ellos se sitúa también S. Pinker. Precisamente a ellos dedicará *La tabla rasa*⁸. El discípulo de Chomsky y catedrático de Psicología del MIT, intenta en su voluminoso libro desautorizar las tesis de la que considera la ideología dominante entre los intelectuales occidentales, configurada por tres mitos erróneos: la teoría de la *tabla rasa* (primacía en el ser humano de lo ambiental sobre lo genético), el mito del *buen salvaje* (la concepción de que el ser humano es por naturaleza bueno), y el *fantasma en la máquina* (expresión de Riley para designar la teoría dualista en el problema alma-cuerpo). Frente a estas tres teorías, que aunque no son idénticas considera Pinker que suelen ir unidas, reforzándose mutuamente, intentará demostrar nuestro autor que lo que él denomina las *nuevas ciencias de la naturaleza humana* (las ciencias de la mente, las neurociencias, la genética y la teoría de la evolución)⁹ están echando por tierra esos viejos errores, y afianzando una nueva idea de la *naturaleza humana*, entendida por Pinker como el conjunto de caracteres innatos de la especie humana. Se trata, por tanto, de defender un “humanismo realista e informado biológicamente”¹⁰. Considera nuestro autor que, dada la predominancia de la trilogía ideológica apuntada antes en el ambiente intelectual occidental, defender hoy día una *naturaleza humana* de tipo innato resulta para algunos algo vergonzoso, “como la vergüenza que el sexo producía en la sociedad victoriana”¹¹.

Pinker deja muy claro que no se alinea con posturas defensoras del determinismo genético, como era el caso de ciertos planteamientos sociobiológicos, pero considera que muchas de sus tesis centrales siguen siendo verdaderas. De ahí que, aunque la estructura del comportamiento humano defendida por Pinker es una síntesis entre predisposición genética e influencia cultural, sus tesis se sitúan dentro de los planteamientos de la recién nacida *psicología evolucionista*, orientados a mostrar los mecanismos psicológicos que se han ido desarrollando en nuestra mente de modo evolutivo, desde el momento en que apareció hace más de dos millones de años la primera subespecie humana (*Homo habilis*), y que serían los responsables de los principales rasgos de la conducta humana, como la capacidad intelectual, la agresividad, los comportamientos sexuales, la cooperación en sus diferentes niveles, la diversidad cultural, etc.

Consciente de las limitaciones de la primera sociobiología, no se centra Pinker (al igual que el resto de los teóricos de la Psicología evolucionista) tanto en hallar las diferencias entre las poblaciones y/o

⁶ CASTRO, L./LÓPEZ-FANJUL, C./TORO, M. A., *A la sombra de Darwin. Las aproximaciones evolucionistas al comportamiento humano*, Madrid, Siglo XXI, 2003, p. 130.

⁷ Cfr. BARKOW, J.H./COSMIDES, L./TOOBY, J., *The adapted mind: Evolutionary Psychology and the generation of culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

⁸ “Este libro está dedicado a cuatro personas que, además de ser unos amigos queridos, han influido mucho en mí: Donald Symons, Judith Rich Harris, Leda Cosmides y John Tooby” (p. 19).

⁹ Cfr. o. c., p. 60, cap. 3º. Cfr. también p. 17 y 115.

¹⁰ *Ibidem*, p. 16.

¹¹ *Ibidem*, p. 14.

razas, como en descubrir lo específico de todos los seres humanos, lo que nos hace iguales, una supuesta *naturaleza humana* de corte biológico, que sería la que explica el específico modo de comportarnos los seres humanos, sin implicar por ello, como he dicho, defender una tesis determinista. A pesar de que su postura se sitúa entre el determinismo y el ambientalismo, resulta curioso que sus ataques más duros vayan dirigidos contra los defensores de la supuesta trinidad teórica arriba mencionada, más bien que contra los deterministas genéticos, como los sociobiólogos, a quienes no disculpa de sus errores, pero a quienes les saca la cara en muchas ocasiones considerando que sus errores son al parecer disculpables en compensación con los supuestos aciertos del conjunto de su teoría. No se muestra tan blando con los críticos de la sociobiología, como es el caso del grupo de Harvard, autodenominado *Science for the People*, como son R.C. Lewontin, L.J. Kamin, S. Rose ¹² y S. Jay Gould ¹³, a quienes en muchos momentos sitúa injustamente dentro del mismo saco que los ambientalistas de la *tabla rasa* ¹⁴.

2. La relación genética-ambiente en la medición de la capacidad intelectual.

Como el conjunto de los psicólogos evolucionistas, Pinker defiende que la mente humana está configurada por un conjunto de mecanismos innatos, resultado del proceso evolutivo, como consecuencia del empeño adaptativo de la especie para resolver los problemas fundamentales con los que ha tenido que enfrentarse, como son la elección de pareja sexual, el lenguaje, las relaciones paterno-filiales, la cooperación y todo tipo de conductas altruistas.

Pinker comienza su libro describiendo lo que considera el paradigma oficial y más común en la sociedad occidental, configurado por las tres teorías complementarias, ya indicadas, la *Tabla Rasa*, el *Buen Salvaje* y el *Fantasma en la Máquina* (primera parte), para en la segunda parte intentar desmontar los infundados miedos que suscitan los planteamientos que él va a defender: la existencia de una naturaleza humana de base biológica y genética, común a todos los seres humanos, y componente fundamental de todas las facetas del comportamiento humano. Este modo de entender la conducta humana no supone, argumenta Pinker, como quieren dar a entender los teóricos de la *tabla rasa*, defender la desigualdad humana basada en diferentes componentes genéticos, ni tampoco se trata de defender la imperfectibilidad (idea estática del hombre), el determinismo o el nihilismo, como intenta mostrarlo a lo largo de los cuatro capítulos que componen la tercera parte. Al contrario, sus planteamientos sobre la *naturaleza humana* tienen la virtud, según Pinker, de construir un tipo de hombre y de mundo más igualitario, más libre y perfectible, y más orientado por valores éticos de lo que han querido defender los partidarios de la teoría dominante.

Por tanto, una visión más adecuada del ser humano, de su auténtica naturaleza, mostrada hoy en día por las *nuevas ciencias de la naturaleza humana* (ya vimos cuáles son, según Pinter), le llevarán al ser humano a conocerse mejor a sí mismo (cuarta parte), en terrenos como los contenidos de la cognición y los prejuicios; la capacidad intelectual y de razonar, y las correspondientes políticas educativas; las relaciones entre los distintos sexos, en la familia, y en el conjunto de la sociedad; y el estatuto de la moralidad y de las orientaciones políticas. En todos estos puntos, rebate muchas de las ideas dominantes y propone sus propias reglas de orientación. Esta concepción de la naturaleza humana le permite también proponer, en la sexta y última parte, orientaciones y alternativas sobre temas tan candentes como la organización política, la violencia, las conductas sexuales, la educación de los hijos y la crisis actual de las artes.

Como puede verse, no hay ningún tema de importancia en el ámbito del comportamiento humano sobre el que no se atreva Pinker a proponer su explicación y orientación de conducta, echando mano de su enorme erudición y su brillante capacidad de argumentar y mantener la atención del lector. Dada la

¹² Cfr. LEWONTIN, R.C./ROSE, S./KAMIN, L.J., *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Barcelona, Crítica, 1987; LEWONTIN, R. C., *La diversidad humana*, Barcelona, Labor, 1984; VV. AA. (The Ann Arbor Science for the People), *La biología como arma social*, Madrid, Alhambra, 1982

¹³ Cfr. GOULD, S.J., *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984; LEWONTIN, R.C., *El futuro del genoma humano y otras ilusiones*, Barcelona, Paidós, 2001, cap. 1º.

¹⁴ Cfr. PINKER, S., o. c., caps. 6º y 7º.

brevedad de estas páginas, es imposible que podamos hacer referencia de modo pormenorizado a todos sus planteamientos. Pero pienso que no es necesario, puesto que para presentar la ambigüedad y endeblez de su postura nos bastará con centrarnos en un solo aspecto: el del coeficiente intelectual.

No cabe duda de que las pretensiones de la Psicología evolucionista son de gran interés y acierto, en la medida en que entienden que la estructura intelectual humana no es una tabla rasa sino que está configurada, además de por la influencia ambiental y cultural, por una estructura comportamental común de origen evolutivo, fruto de un largo interactuar con el entorno ecológico e interhumano. Eso no quita que, a pesar de ello, cada ser humano posea diferente capacidad intelectual, porque en cada caso individual interviene también el ingrediente ambiental. Ahora bien, el problema suele estar en que las diferencias individuales respecto a la inteligencia, así como respecto a cualquier otro rasgo psicológico y conductual, en la medida en que no son sólo producto de sus diferencias genéticas, innatas, sino de un proceso adaptativo en el que han intervenido de modo conjunto y dialéctico lo innato y lo aprendido, resulta prácticamente imposible separar lo que corresponde a cada uno de los dos aspectos. No piensan así los psicólogos evolutivos, cayendo en el error metodológico de creer que se puede hallar el correlato directo entre la base genética y su expresión conductual y cultural. Aunque para defender sus posturas suelen estos autores, y también Pinker, traer a colación las investigaciones realizadas con gemelos monocigóticos, los logros alcanzados en estos puntos distan mucho de ser tan exactos y objetivos como quieren hacernos creer.

Vamos a detenernos en analizar la problemática de la relación entre genética y ambiente en el caso de la medición de la inteligencia o coeficiente intelectual ¹⁵. La primera dificultad que suele plantearse consiste, como indica S. J. Gould ¹⁶, en no saber bien qué buscamos en los tests que tratan de medir la inteligencia (“¿Hay algo que medir?”). Más que hablar de inteligencia, parece que tales instrumentos lo único que miden es el nivel de educación conseguido. Por otro lado, especialistas como H. Gardner nos hablan hoy día de *inteligencias múltiples* ¹⁷, y no sólo una inteligencia global única. Por tanto, el “cómo hay que medir”, sin saber “qué”, se convierte ya en una quimera. Pero hay más dificultades. Ya hemos señalado que los psicólogos evolucionistas pretender hallar los elementos básicos de la supuestas estructura intelectual de la especie humana, producto de un proceso evolutivo iniciado con la existencia de nuestra especie. Los genetistas nos indican que se dan dos tipos de herencia: *simple* (cuando a un gen le corresponde una sola característica fenotípica) y *compleja* (cuando esa característica es resultado de la confluencia de varios genes) ¹⁸. Pero en ambos casos, no se da una relación directa entre un gen y su resultado fenotípico, sino que la expresión de la herencia genética es sólo probabilística, ya que media entre la base genética y su expresión fenotípica una historia compleja de influencias ambientales de todo tipo: desde el proceso embriológico en el seno materno hasta el posterior ambiente familiar, educativo, social, etc. Además de esto, aunque es posible averiguar la relación genotipo-fenotipo en diversos rasgos o aspectos de la morfología, la reproducción o la salud, no es posible conseguirlo en rasgos de comportamiento social y cultural, aspectos específicos de la especie humana, porque entran múltiples variables. A esta evidencia se refiere la afirmación de Lewontin que he situado al inicio de este escrito. A esta ignorancia científica se debe el que se puedan defender posturas tan divergentes y opuestas en estos temas.

A la vista de ello, es más razonable afirmar que, al menos hasta el momento, no tenemos medios para saber qué corresponde al ambiente y qué a la herencia. Y esto nos lleva a la conclusión de que no

¹⁵ Se trata de un tema suficientemente manido como para que no tengamos que detenernos mucho en ello, sino hacer referencia a una bibliografía básica: KAMIN, Leon, *The Science and Politics of IQ*, Erlbaum, 1974 (trad. cast.: *Ciencia y política del cociente intelectual*, Madrid, Siglo XX Ediciones, 1983); H. J. Eysenck contra Leon Kamin, *The Intelligence Controversy*, John Wiley, 1981; GOULD, S. J., *The Mismeasure of Man*, Norton, 1981 (tras. Cast.: *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984, y Madrid, Crítica, 1997); LEWONTIN, R. *El sueño del genoma humano y otras ilusiones*, Barcelona, Paidós, 2001, cap. 1º, pp. 21-52.

¹⁶ Cfr. GOULD, S.J., *La falsa medida del hombre*, o.c.

¹⁷ Cfr. GARDNER, Howard, *Frames of mind: The theorie of multiple intelligences*, Nueva York, Basic Books, 1983.

¹⁸ Cfr. CASTRO, L./LOPEZ-FANJUL, C./TORO, M.A., *A la sombra de Darwin*, Madrid, Siglo XXI, 2003, cap. 2º, pp. 37-71.

parece factible remitirse sólo a las técnicas de la genética cuantitativa para resolver estos temas ¹⁹. Refiriéndonos ya en concreto al tema de la heredabilidad de la inteligencia, sería posible investigar la parte correspondiente a la herencia si ambos componentes, herencia y medio, actuaran como variables aditivas e independientes ²⁰. Pero eso no es así en el caso de la inteligencia, puesto que se da una interacción permanente entre los genes y el ambiente. Los padres transmiten a sus hijos su herencia genética, pero también un ambiente cultural en relación con el nivel genético, produciéndose una covarianza de los dos factores difícil de separar ²¹.

La estrategia que los psicólogos evolucionistas siguen para mostrar lo contrario es la investigación con gemelos monocigóticos que han sido educados en ámbitos familiares diferentes ²². El problema está en que para sacar conclusiones correctas y objetivas a través de este procedimiento, el método de estudio ha de reunir ciertas condiciones ²³ que normalmente no suelen cumplirse ²⁴. Igualmente han resultado poco valiosos y convincentes los estudios realizados con gemelos adoptados, en los que se pretende comparar el coeficiente intelectual de tales gemelos tanto con los de sus padres genéticos como con los padres y hermanos adoptivos. Si comparamos los datos obtenidos por los dos grupos de investigación más prestigiosos (Texas y Minnesota) ²⁵, en ambos grupos se llega a resultados contradictorios tras haber seguido una metodología similar. Además, los casos estudiados, tanto en este caso como en el de los gemelos monocigóticos adoptados por familias distintas, se observa que las adopciones no se han dado al azar, sino dentro de un similar nivel de inteligencia entre la familia genética y la adoptante (un factor fundamental que no nos permite ya separar y distinguir la herencia y el ambiente). Así, pues, no parece que dispongamos de momento de un método fiable para separar y medir lo genético del medio. Aparte de que no nos serviría de mucho si consiguiéramos separarlos. ¿Por qué se dice esto? Porque “la magnitud de la heredabilidad puede variar al hacerlo las circunstancias ambientales, por ejemplo los procedimientos educativos, tanto porque la variación ambiental sería en principio distinta en cada caso como porque los efectos de los genes pueden ser dependientes del medio en que se expresan” ²⁶.

R. Lewontin ha mostrado, en su espléndido y bien documentado libro *La diversidad humana* ²⁷, el distinto modo de comportarse una dotación genética según el entorno ambiental en el que tiene que desenvolverse. Y ello sucede tanto en el reino vegetal como en el animal, y también en la especie humana. De ahí que considere que en este empeño de separar la vertiente genética de la ambiental en los rasgos conductuales humanos, el error no es sólo de hecho sino de principio, de concepto ²⁸. Por tanto, no sólo ninguna de las posturas extremas en esta discusión (determinismo genético o *tabula rasa*) tienen visos de ser verdaderas, sino que tampoco es defendible una postura intermedia, como la de S. Pinker, que pretenda hallar una metodología científica que nos permita diseccionar la aportación de cada uno de los dos ingredientes al resultado final de la capacidad intelectual. De ahí que se pueda concluir que “la disputa sobre la naturaleza innata o adquirida del CI es un aspecto más de una confrontación ideológica

¹⁹ “Nuestros argumentos no niegan en manera alguna la posibilidad de que los genes influyan en los rasgos mencionados, ni siquiera prejuzgan su importancia. Se limitan únicamente a especificar las razones por las cuales no parece factible utilizar las técnicas de la genética cuantitativa para dar una respuesta al interrogante enunciado”: Cita tomada de *Ibidem*, p. 45.

²⁰ Cfr. *Ibidem*, pp. 45-52.

²¹ Es importante también en este tema distinguir entre la determinación genética y la heredabilidad, como muy bien explica Ned BLOCK, en “Raza, genes y C.I. Un debate envenenado por la ambigüedad de los conceptos”, *Mundo Científico*, 1979, nº 177, pp. 242-250.

²² Cfr. WRIGHT, William, *Así nacemos. Genes, conducta, personalidad*, Madrid, Taurus, 2000.

²³ Cfr. CASTRO/LOPEZ-FANJUL, etc., o.c., p. 48.

²⁴ Cfr. las críticas de Leon Kamin a estos estudios, en KAMIN, L.J., *Ciencia y política del cociente intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 1983; KAMIN, L.J./GOLDBERGER, A. S., “Two studies in behavioural research: a skeptical view”, *Theoretical Population Biology*, 2002, nº 61, pp. 83-95.

²⁵ Cfr. CASTRO y demás, o.c., pp. 49-50.

²⁶ *Ibidem*, o.c., p. 51.

²⁷ Barcelona, Labor (Biblioteca Scientific American), 1984.

²⁸ Cfr. LEWONTIN, R.C., *El ensueño del genoma humano y otras ilusiones*, o.c., pp. 47-52.

mucho más amplia y compleja, que se plantea en términos absolutamente dogmáticos y radicales”²⁹. En el caso de Pinker, está muy clara la presencia de tal orientación ideológica, cosa que nos parece legítima, aunque no estemos de acuerdo con sus contenidos. Podríamos seguir analizando la relación entre herencia y medio en otros rasgos de la personalidad humana³⁰, pero no nos da el espacio para más. Esa problemática quedará subsumida en el apartado siguiente, en el que vamos a estudiar cómo se conjuga en el ámbito de lo humano lo biológico y lo cultural, para de ahí sacar las conclusiones pertinentes, en el último apartado, sobre qué decir y cómo enfocar el concepto o la idea de *naturaleza humana*.

3. La correcta articulación biología-cultura en el ser humano.

En el ámbito del conjunto de la especie humana la relación genes-medio se subsume de alguna manera en la relación, más general, entre lo biológico y lo cultural. Aunque los antropólogos no han conseguido llegar a un consenso sobre el contenido y definición de *cultura*, podemos dejar por definida la cultura como el conjunto de todo lo que ha tenido que hacer el ser humano para sobrevivir, dada su carencialidad o insuficiencia biológica (Gehlen). Todos los aciertos adaptativos los va acumulando y transmitiendo a sus descendientes. Tampoco nos vamos a detener en discutir si la cultura es exclusiva de la especie humana, o si se dan *culturas animales*. Damos por hecho que, aunque puedan hallarse *culturas rudimentarias* en algunos animales, nada hay similar a la cultura humana.

Por tanto, el ser humano es una realidad bio-cultural, resultado de esta doble herencia: biológica y cultural. Al igual que en la temática genes-medio, a la hora de comprender la estructura básica del comportamiento y de los rasgos de la personalidad humana, la sociobiología introdujo también en la comprensión de la relación entre biología y cultura el enfoque evolutivo, tratando de hallar las raíces biológicas de la cultura tanto en su origen como en su estructura y funcionamiento. La teoría dominante dentro del paradigma neodarwinista defendía que la condición de posibilidad de la cultura era la biología, en la medida en que el proceso evolutivo ha ido dotando al ser humano de un cerebro capaz de generar el conjunto de elementos que denominamos cultura. Pero, una vez que emerge el continente cultural, se independiza de la biología. La sociobiología planteó un modo nuevo de entender esta relación, cayendo en posturas reduccionistas y cercanas al determinismo. Tratando de superar el determinismo biológico, la psicología evolucionista intenta ahondar en la línea abierta por la sociobiología, investigando la estrecha influencia entre lo biológico y lo cultural. En esta tesitura se mueve en su libro S. Pinker, advirtiéndose, como en el conjunto de los psicólogos evolutivos, una ambigüedad difícil de ocultar, puesto que tiene que conjugar la independencia de los procesos culturales con las supuestas restricciones biológicas que conducen los fenómenos culturales. En consecuencia, “el reto consiste en diseñar una teoría de la evolución de los organismos culturales y de los procesos de los que depende el sistema de herencia cultural”³¹.

Para ello, estudian estos psicólogos evolutivos el proceso evolutivo anterior a la especie humana, desentrañando el modo como las diversas especies animales han ido interrelacionándose con el ambiente, desde los protozoos hasta el *homo sapiens*. Si los primeros seres vivos han desarrollado un modo de comportarse totalmente mecánico e innato, más adelante irán apareciendo animales con una progresiva flexibilidad de interacción con el medio, pudiendo distinguirse tres peldaños: la conducta no aprendida, el aprendizaje individual y el aprendizaje social. Si el *aprendizaje individual* aportó indudables ventajas respecto al comportamiento rígido de los instintos, dotando de una flexibilidad para resolver problemas nuevos, no cabe duda de que el *aprendizaje social* aventaja al individual en la medida en que las conductas que se han mostrado ventajosas pueden ser transmitidas al resto del grupo y a sus sucesores, evitándoles tener que repetir cada uno la prueba de su valía. Pero tanto para el aprendizaje individual como para el social se necesita estar dotado de unas capacidades cognitivas fuertes. Los especialistas hablan de un tipo de aprendizaje social *indirecto*, basado en la *impronta*

²⁹ CASTRO y demás, o.c., p. 52.

³⁰ Cfr. *Ibidem*, pp. 52-71.

³¹ *Ibidem*, *A la sombra de Darwin*, o.c., p. 151. Cfr. para esta problemática biología-cultura el cap. 5°.

(“asimilación rápida de una conducta en un período muy concreto de la vida de un individuo y siempre en presencia de otro que estimula el desencadenamiento del proceso”³²), y el *directo*, basado en la *imitación* (se trata de realizar conductas nuevas mediante observación y repetición del comportamiento observado) y en la *enseñanza*. Pero hay que ser conscientes de que muchas conductas imitativas no son tales, sino lo que algunos han denominado “un proceso de focalización de la atención”, es decir, “un proceso de condicionamiento no intencionado por parte de los cuidadores”³³, como parece ser el caso de la mayoría, si no de todos los casos de adiestramiento de chimpancés para adquirir algún tipo de lenguaje³⁴. Para que se pueda hablar de *enseñanza*, se necesita “la capacidad de identificar una conducta como imitable”, al mismo tiempo que “el desarrollo de habilidades para la transmisión activa de la misma”³⁵. Podríamos decir que la transformación del aprendizaje social de los homínidos en la cultura humana requirió una importante capacidad de imitación, es decir, el ser capaces de ver a los otros individuos de tu especie como dotados también de intencionalidad, de poder interactuar contigo. Pero todavía se necesitaría otra capacidad nueva: “la de categorizar conceptualmente en clave dicotómica: positiva o negativa”³⁶. Así es como nuestra especie puede ser denominada como *homo assessor*, capaz de transmitir valores, en especial en el ámbito de la relación primera entre padres e hijos, consiguiendo de este modo la especie humana una serie de importantes ventajas adaptativas³⁷. “El resultado final es un sistema de transmisión cultural con propiedades hereditarias, capaz de experimentar transformaciones con el transcurso de las generaciones, es decir, capaz de evolucionar. Desde nuestra perspectiva, la evolución de algunos de los principales rasgos que caracterizan a nuestra especie, como la inteligencia, el lenguaje o la capacidad ética, ha estado condicionada de manera decisiva por este sistema de herencia cultural”³⁸.

La sociobiología y la psicología evolucionista insisten sobre todo en los condicionantes (si no determinantes) de la biología sobre la cultura, advirtiéndose diferencias entre unos autores y otros en el acento sobre las restricciones e influencias de lo biológico sobre lo cultural. Pero, en general, la postura de sociobiólogos y de psicólogos evolucionistas consiste en defender que las estructuras psicológicas que el ser humano ha ido adquiriendo desde sus orígenes son imprescindibles para entender y explicar la génesis y evolución cultural. Para Wilson y Lumsden, es evidente que se ha dado una coevolución genes-cultura, a través de un conjunto de *leyes epigenéticas*, es decir, de un conjunto de predisposiciones genéticas que han controlado a distancia el desarrollo cultural³⁹. Para Cavalli-Sforza y Feldmann⁴⁰, aunque se da una analogía entre los procesos genéticos y los culturales (basados en sus unidades respectivas: *genes* y *memes*), no admiten (o al menos prescinden de ese dato) la influencia de la base genética en la configuración de los rasgos culturales, propugnando la autonomía de las ciencias sociales respecto a la evolución genética. Una postura intermedia ha sido propuesta por Boyd y Richerson⁴¹: teoría de la *herencia dual*. Según esta propuesta, los seres humanos somos herederos de la genética y la cultura, herencias que están relacionadas entre sí, aunque gozan ambas de autonomía. La transmisión cultural fue en un primer momento adaptativa, en la medida en que supuso un fuerte ahorro de tiempo y de esfuerzos de aprendizaje, suponiendo el aprendizaje cultural (social), como ya dijimos, un avance sobre el aprendizaje individual. Así, cada individuo está predispuesto a imitar a los componentes más experimentados de su grupo, explicándose de este modo la homogeneidad al interior

³² *Ibidem*, p. 155.

³³ *Ibidem*, p. 156.

³⁴ Cfr. HART, Stephen, *El lenguaje de los animales*, Barcelona, Omega, 1997; GARDNER, Martin, “Dos libros sobre primates parlantes”, en *Id.*, *La ciencia. Lo bueno, lo malo y lo falso*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 605-633.

³⁵ CASTRO y demás, o.c., p. 157.

³⁶ *Ibidem*, p. 158.

³⁷ Cfr. *Ibidem*, pp. 158-161.

³⁸ *Ibidem*, p. 161.

³⁹ Cfr. WILSON, E.O./LUMSDEN, C., *El fuego de Prometeo*, México, FCE., 1985; BEORLEGUI, C., *Las leyes epigenéticas: El eslabón perdido entre la biología y la cultura?*, *Zientziartekoak*, II (1987), nº 2, pp. 101-123. .

⁴⁰ Cfr. CAVALLI-SFORZA, L.L./FELDMAN, M.W., *Cultural transmission and evolution. A quantitative approach*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1981.

⁴¹ Cfr. BOYD, R./RICHERSON, P.J., *Culture and the Evolutionary Process*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.

de cada cultura, así como la pluralidad intercultural. Por tanto, la selección natural ha primado la existencia de estructuras cognitivas específicas para que sean más capaces de imitar conductas culturales de mayor valor adaptativo. La gran diversidad cultural existente en la actualidad se debería a que se habría superado el valor adaptativo de la mayoría de los módulos cognitivos que fueron eficaces en épocas pasadas (el Pleistoceno), en la medida en que la capacidad del ser humano en la transformación del ambiente habría evolucionado más rápidamente que el ritmo genético evolutivo.

Estos planteamientos, aun siendo de gran interés en algunos aspectos y aun habiendo aportado explicaciones convincentes en ciertos ámbitos del desarrollo evolutivo, todavía están muy lejos de resultar convincentes, puesto que, por un lado, “la complejidad de transmisión de los procesos culturales –herencia de los caracteres adquiridos, transmisión sesgada, imposición, etc.- ha impedido hasta el momento elaborar un modelo coherente de evolución cultural y ha disminuido el valor de la analogía biológica”⁴², y, por otro, es muy complicado establecer las relaciones directas entre un rasgo genético y la configuración psicológica que ha influido en una característica cultural. Y esa relación es prácticamente imposible de determinar. Además, es muy problemática la concepción *atomística* (basada en los *memes* como unidades diferenciables) que estos teóricos tienen acerca de la cultura, así como la proclividad a defender, de modo más o menos directo, una concepción determinística de lo cultural respecto a lo biológico.

Un planteamiento más aceptable sobre la relación entre lo biológico y la cultura es el que defiende la dependencia de la cultura respecto a lo genético en su origen, habiendo sido dotado de ese modo el ser humano de las habilidades propias de su especie, como son su gran capacidad intelectual, el lenguaje, la conciencia, la capacidad ética, etc., pero no dependería de la genética la racionalidad interna que rige cada una de estas capacidades⁴³. Y aunque nunca se mueve lo cultural al margen de su base biológica, cada una de las dos herencias posee su propia lógica y desarrollo, de ahí que poseyendo todos los seres humanos unos similares rasgos biológicos, hemos generado una enorme amplitud de variación cultural, con su propia racionalidad y lógica evolutiva.

4. La ambigua idea de “naturaleza humana”.

A la vista de todo lo anterior, resulta a todas luces errónea, por ambigua, la insistencia de Pinker en utilizar el concepto de *naturaleza humana*. Pinker insiste en que frente a las posturas defensoras de la *tabla rasa*, el *buen salvaje* y el *fantasma en la máquina*, los nuevos avances de la evolución, de la psicología evolucionista, y de otras ciencias como la neurofisiología, estarían mostrando la necesidad de recuperar una concepción de la *naturaleza humana* deducidas de los hallazgos de las bases genéticas del comportamiento humano, individual y social.

La ambigüedad e inexactitud de estos planteamientos vendría, a mi entender, de dos lados:

- a) la idea de *naturaleza humana*, cuando se ha utilizado en la tradición antropológica, parece que ha hecho referencia a una estructura de rasgos fijos y bien determinados que definirían la *esencia* de lo humano. Tal era la pretensión de las filosofías greco-medievales, que defendían un concepto cerrado y estático de la realidad humana. En la medida en que el ser humano ha ido tomando conciencia de la evolución de la realidad y de su propia condición, el concepto de *naturaleza humana* se ha ido mostrando inadecuado. De ahí que los historicismos y el raciovitalismo (Ortega) pudieran decir que “el hombre no tiene naturaleza, sino historia”, cayendo quizás en la postura extrema contraria. La idea de Pinker es restituir el concepto de *naturaleza humana*, pero reduciéndolo a su aspecto biológico y genético. La cuestión está en saber si es correcto defender la utilidad de ese concepto, que ha tenido tradicionalmente pretensiones de definir la totalidad de la realidad humana, aplicándolo en este caso a uno sólo de los componentes de la esencia o condición humana: lo genético-biológico. La respuesta evidentemente es negativa.

⁴² CASTRO y demás, oc., p. 179.

⁴³ Cfr. sobre estos aspectos, Ibídem, cap. 6º.

- b) El segundo elemento de ambigüedad consiste en que, aun aceptando como legítima la pretensión de Pinker de denominar *naturaleza humana* a su componente biológico, las reflexiones de páginas anteriores nos llevarían a reconocer la imposibilidad de separar o delimitar adecuadamente la parte biológica de la cultural en todo el conjunto de la condición humana o de su estructura esencial. Creo que he aportado suficientes argumentos como para concluir que las pretensiones de Pinker, y otros estudiosos con ideas similares, de encontrar los rasgos específicos de una naturaleza humana biológica, nos conducen por un camino sin salida.

Por eso, consideramos que la estructura esencial y comportamental del ser humano está definida por una conjunto estructurado de notas (por seguir la terminología de Zubiri), orgánicas y psíquicas, que forman una única estructura esencial con suficiencia entitativa. Considero útil para explicar esto el análisis que sobre este punto realiza Zubiri y sus discípulos ⁴⁴. Situándose entre el reduccionismo biológico y el culturalismo dualista, esta postura considera que lo biológico y lo cultural son, en el ser humano, autónomos pero desde su mutua relación. Lo biológico es un momento constitutivo de la realidad humana, por lo que las notas o rasgos biológicos son notas esenciales de lo humano, que no agotan el conjunto de la realidad humana, en la medida en que tienen que conjugarse con las notas psicológicas. Así, pues, tanto las notas biológicas como las psicológicas son *notas-de* la estructura total de la realidad humana.

Esto supone que en el proceso evolutivo, el ámbito de lo biológico ha funcionado en las especies animales de un modo autónomo y específico, habiéndose producido con la aparición de la especie humana una *elevación y emergencia* de una radical novedad: lo humano, configurado por una nueva estructura biológico-cultural, configurándose de ese modo una nueva sustantividad o estructura esencial, con suficiencia entitativa para adaptarse selectivamente. Esto no implica la desaparición o irrelevancia de lo específicamente biológico, sino la desaparición de su suficiencia sustantiva, en la medida en que lo biológico animal ha sido subsumido en una nueva y superior sustantividad: la totalidad de la estructura humana. De ahí que el ser humano está configurado por una nueva habitud, un nuevo modo de habérselas con la realidad; o lo que es lo mismo, con una nueva estructura comportamental. Estructura única y unitaria, puesto que no es la suma de lo sensible y de lo intelectivo (esto es: lo natural y lo cultural), sino que su *intelección* es *sentiente*, y su *sentir* es *intelectivo* ⁴⁵.

Decir, pues, que el ser humano es una estructura psico-somática significa que no es una intelección humana sin sensibilidad (intelección sentiente). Pero también significa que la animalidad humana no es viable sin la inteligencia y sólo por la inteligencia (sensibilidad intelectiva). Por tanto, ni la persona humana, ni el sujeto humano, pueden ser tales, persona y sujeto, más que de un modo constitutivamente biológico.

La insistencia en esta radical unidad estructural desde esta postura antropológica coincide con los planteamientos que hemos tratado de mostrar tanto en el problema de la inteligencia y de la medición del cociente intelectual así como del modo de conjugarse lo cultural con lo biológico en la especie humana. Estos planteamientos coincidirían con las posturas de quienes entienden que los esfuerzos por cuantificar lo que corresponde a la herencia genética y a la ambiental, en las diferentes características de la personalidad humana, no sólo poseen errores de facto, sino sobre todo supone un error de concepto (Lewontin), en la medida en que pretenden separar dos elementos que están radicalmente unidos en un trenzado imposible de distinguir, y sólo relacionados por una razón probabilística.

En consecuencia, si queremos seguir hablando de *naturaleza humana*, no deberíamos reducirla a sus rasgos genético-biológicos sino al conjunto de la estructura esencial humana, que está configurada dinámicamente por sus elementos genéticos, su entorno ambiental y las decisiones libres de cada sujeto autónomo. Sólo ese conjunto radical y necesariamente abierto constituye la *naturaleza humana*, la

⁴⁴ Cfr., entre otros textos, ZUBIRI, X., *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza/Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1986; ELLACURÍA, I., "Fundamentación biológica de la ética", *ECA* (San Salvador), 368 (1979), 418-428; GRACIA, Diego, *Fundamentos de bioética*, Madrid, Eudema Universidad, 1989.

⁴⁵ Cfr. ZUBIRI, X., *Inteligencia sentiente*, Madrid, Alianza/Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1980-1983, 3 vols.

condición humana, la estructura esencial de la realidad humana, o como queramos denominarlo. Resulta curiosa la coincidencia entre Pinker ⁴⁶ y Horkheimer ⁴⁷ en advertir del peligro de negar la existencia de la *naturaleza humana*, aunque ambos entienden el concepto de modo totalmente diferente. Mientras el frankfurtiano entiende tal naturaleza en clave ética, como la base necesaria para la defensa de la dignidad humana ante cualquier tipo de autoritarismo dictatorial, el psicólogo norteamericano entiende la naturaleza humana en clave genético-evolutiva, y perfectamente distinguible del aspecto ambiental y cultural, algo que, además de difícil (por no decir imposible) de conseguir, resulta muy limitador para entender la realidad humana.

⁴⁶ “No sólo es que las afirmaciones sobre la naturaleza humana son menos peligrosas de lo que mucha gente piensa. Es que la *negación* de la naturaleza humana puede ser *más* peligrosa de lo que la gente cree”: O.c., pp. 213-214. Las cursivas son del autor.

⁴⁷ “La negación de que exista una esencia humana uniforme debe ser tomada, por otra parte, de manera tan poco absoluta que hasta la creencia en una naturaleza humana universal a veces aparezca como un error más pequeño, lo que ocurre cuando se llega a comprender que la dicha y la miseria recorren constantemente la historia; que los hombres, tal como son, tienen sus límites y merecen consideración; que viene la revancha cuando se hace caso omiso de los límites”: “Observaciones sobre la Antropología filosófica (1935)”, en Id., *Teoría Crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, pp. 50-75. La cita es de la p. 75.